

Cuadernos Hispanoamericanos

537

Marzo 1995



Carlos Gazzera

La polémica Borges-Sábato

Edgar Montiel

El proyecto político del Inca Garcilaso
y de Mariátegui

Antonio Chicharro Chamorro

Juan Benet y el pensamiento literario

James W. Robb

Reyes y Moreno Villa en España y en México

Textos sobre Horacio Quiroga,
Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán,
Martínez Estrada, Borges, Nicanor Parra,
Julio Ramón Ribeyro...

Juan Benet y el pensamiento literario del medio siglo

Siempre es buena ocasión de recordar la inteligente y en todos los sentidos alargada figura de Juan Benet¹, un autor al que no se le ha prestado toda la atención crítica, al menos toda la que se merece si se compara con la crítica deparada a otros escritores de su momento, ni ha obtenido el favor de un público mayoritario debido probablemente al hecho simple y escueto de que buena parte de su obra ofrece no escasas dificultades comprensivas por su autorreferencialidad y, en muchas ocasiones, carácter experimental, por la extrema longitud de sus párrafos discursivos, por las disgresiones que apartan de la historia, por su tensión intelectual y abundancia léxica, entre otras razones posibles, constituyendo la misma un permanente y tenso reto a la inteligencia lectora, de lo que él era muy cons-

¹ La figura de Juan Benet se ha prestado de siempre muy bien al retrato, cuando no a la caricaturización, tal como, entre muchos otros, han hecho la desaparecida Montserrat Roig (1975, p. 19) y Manuel Vicent al hilo de un artículo sobre García Hortelano («Una lección de hidalguía», El País, 4, abril, 1992). La primera dejó escrito en una entrevista lo que sigue: «Juan Benet es una especie de paja-

rraco alto y desgarbado que parece despreciar a todo el mundo, de quien es difícil pensar que le aburra la literatura y sobre todo hablar de ella. Supongo que le encanta representar el papel de niño desapasionado, o así me lo pareció el día que lo entrevisté. Continuamente una mata desordenada de pelo cano cubría sus ojos y continuamente sus dedos larguísimos, feos y huesudos lo apartaban. No para

ver mejor, sino para alejarse, su mirada, hacia puntos concretos cuya situación yo no podía captar». Vicent escribe: «También he viajado con él en compañía de Juan Benet para dar charlas a tres bandas en alguna ciudad, y desde el Jaguar con el volante a la derecha el ingeniero hablaba del jurásico cuando atravesábamos una determinada loma, daba lecciones de puentes, de presas, de resistencia de ma-

teriales, del románico, del gótico, y Hortelano asentía como suelen hacer los buenos escuderos, y a mí me parecía aquella humildad una provocación, pero al final la resolvía con una salida desenfadada llena de calor humano aunque no menos corrosiva. Ambos iban mirando hacia la crestería: uno es alto, flaco, inteligente y ácido; el otro era apaisado, sabio, natural, funcionario».

ciente², aunque una vez procurara la atención de un público mayor como efectivamente ocurrió con su presentación al siempre discutido premio Planeta con *El aire de un crimen*, en 1980, lo que suscitó cierta polémica en la tribu literaria.

Así pues, es, si no normal, frecuente que esto ocurra con un autor de una gran personalidad literaria, esto es, con un autor con estilo propio y decidido cultivador del estilo, muy pronto separado, además, de ciertas tendencias de grupo dominantes para andar por el mundo de la literatura sin concesiones, con paso personal firme y decidido, tendencias de las que no era fácil sustraerse, tal como pone de manifiesto Angel Fernández Santos en un lúcido artículo (1983): «Pero había —dice— censuras más complejas que ésta. Recuerdo que durante algún tiempo, debido a no recuerdo qué tesis literarias con marchamo de última hora de la *estética revolucionaria*, estuvo mal visto, así como suena, escribir bien. No era, al parecer, lo bastante proletario, o realista, o no se sabe qué. Te colgaban el sambenito de *estilista* y ya no tenías nada que hacer en el izquierdismo literario: eras un tipo de derechas sin saberlo, lo que te obligaba a torturas y descabelladas introspecciones en busca de aquellos envenenados genes que te conducían, sin tú darte cuenta, a tales aberraciones estéticas». Con este u otro similar sambenito, para los de una ladera, anduvo Benet por la vida literaria y política de los años sesenta y setenta, aunque sin practicar las referidas introspecciones ni cultivar la mala conciencia. Todo lo contrario: hablando en voz alta, invocando la mejor cara de la razón y provocando el debate dialéctico, lejos de todo gregarismo. De ahí sus polémicas con los realistas de turno, a las que ahora después me referiré, y su defensa teórica y práctica del espacio autónomo de la literatura en relación con otras instancias sociales, lo que no dejaba de surtir sus efectos en pleno franquismo, pues no se olvide que la oposición al régimen de excepción era muy diversa y de gran anchura. Ahora bien, en el sentido que sigue, como dice D. K. Herzberger (1986, p. 25), Benet representa la antítesis directa de los escritores neorrealistas del medio siglo, aunque publicara su primera obra teatral, *Max*, que es la única que se ajusta a la estética de la literatura social; en el número cuatro de *Revista Española* correspondiente a 1953. Con *Nunca llegarás a nada*, de 1961, comenzará a andar ese renovador camino literario.

La defensa de estas posiciones por parte de Benet explica que hiciera del estilo literario no sólo un cultivo permanente sino también uno de los objetos teóricos más sobresalientes de su indagación. Esto explica, por otra parte, que tanto el término estilo como el de estilística anduvieran por nuestra larguísima postguerra sobredeterminados teórica, literaria y políticamente, tal como ponen de manifiesto ciertas críticas que daban a esta corriente

² Benet decía de su estilo y escritura que se trataba «de oscuros párrafos que sólo entregan su contenido tras repetidas lecturas y sólo se leen realmente si no se han comprendido» (apud Ricardo Gullón (dir.), *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid, Alianza, 1993, p. 167, correspondiente a la entrada «Benet, Juan» elaborada por Darío Villanueva).

como formalista, idealista y en apariencia neutral, esto es, no contenidista, no real-materialista y no comprometida, llegándose a casos verdaderamente curiosos como el enfrentamiento de Celaya y Pinillos³. Ahora bien, frente a ciertos reduccionismos de época y ciertas simplezas teóricas de la más plana estirpe contenidista, hubo escritores sociales, los mejores desde luego, que, como Celaya y Otero, no sólo no despreciaron el estilo sino que hicieron de su uso todo un reto creador y un problema de teoría poética con objeto de conseguir una buena o socialmente eficaz forma literaria. La poesía de Blas de Otero se comenta por sí sola al respecto y los razonamientos de Celaya sobre el particular resultan harto elocuentes cuando tratan de justificar el prosaísmo como un recurso retórico y no como un defecto o vicio literario, esto es, cuando teoriza en favor de un estilo de la escasez y rechaza la escasez de estilo⁴, algo que es compartido por el propio Benet cuando le responde a Montserrat Roig (1975, p. 21) lo siguiente: «Te preocupes o no, todos tienen un estilo propio, aunque sea zafio. Incluso la presunta despreocupación de algunos escritores no es más que una manera de abordar el problema del estilo».

A partir de estas breves notas apuntadas, podemos intuir que el problema del estilo se viviera como si se tratara de una aventura. De ahí el título de mi trabajo, título que en honor a la verdad tiene el precedente de un famoso artículo del poeta y editor Carlos Barral, «Reflexiones acerca de las aventuras del estilo en la penúltima literatura española», aparecido en aquel tan interesante como polémico número extraordinario de *Cuadernos para el Diálogo*, dedicado a «30 años de literatura: narrativa y poesía española (1939-1969)», donde denuncia la extrema pobreza del estilo de la literatura de ese tiempo y el equilibrio de mediocridades existente en la novela española hasta que aparecieron los primeros renovadores de la poesía con posterioridad a 1955 y los renovadores de la prosa, entre los que no olvida citar el nombre de Juan Benet junto al de Sánchez Ferlosio y al de Martín Santos, de cuyas novelas dice (1970, p. 42): «Las tres novelas que antes cité [*El Jarama*, *Tiempo de silencio* y *Volverás a Región*] al hablar de los límites del realismo social lo son en todos los sentidos y son las tres muy importantes, desde el punto de vista de la invención formal precisamente».

Comienza, pues, a quedar claro de salida cuál es el lugar que ocupa nuestro escritor en el medio siglo e incluso hemos adelantado ya la conciencia que tiene el propio Benet de esa ubicación: su rechazo a toda literatura realista que muestre poco interés por el estilo, algo lógico si tenemos en cuenta lo que decía Gimferrer (1979) del estilo benetiano: «Lo que más pudo en su día chocar al lector español en Benet es el estilo, violenta transgresión y desafío lanzado a la totalidad de la prosa castellana de posguerra». El compromiso social se torna en Benet compromiso con su escritura

³ En mi libro *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya (Granada, Universidad, 1989) me he referido con detenimiento (p. 150 y ss.) a la amistosa polémica que sostuvieron Celaya y el poeta aragonés Manuel Pinillos cuando éste puso a continuación del prólogo que le había solicitado al poeta vasco para su libro *De hombre a hombre toda una insólita «Justificación de un prólogo» con la que matizar una afirmación de Celaya en torno a la estilística. No es caso de entrar de nuevo en la cuestión, por lo que remito al lector a la fuente indicada para que vea hasta qué grado llegaba el debate y el enfrentamiento entre corrientes evasivas y realistas, etc.**

⁴ Puede verse mi comunicación «Notas sobre prosaísmo y retórica en la poesía social española», en Garrido Gallardo, M. A. (ed.), *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos, volumen II de las Actas del Congreso sobre Semiótica e Hispanismo, Madrid, C. S. I. C., 1986, pp. 603-617.*

(Ortega, 1974). De ahí que nuestro autor piense que la literatura no tiene por qué poseer una función social expresa ni el hecho de que la posea se traduce en una virtud para la misma, puesto que nunca ha sido un pilar de la sociedad —sólo un accesorio— ni ha tenido que ejercer ninguna influencia sobre ella; cuando así lo ha hecho, como en el siglo XIX, ha resultado nefasto para la misma literatura al ajustarse tanto a la sociedad, que ha perdido su singularidad (Benet y otros, 1970, p. 50; Benet, 1970d). Benet es, pues, un decidido defensor del individualismo creador y de la singularidad, originalidad y unicidad de la obra literaria. No olvidemos en este sentido sus constantes intervenciones en la polémica mesa redonda de *Cuadernos para el Diálogo* sobre novelística e individualidad, donde rechaza la novelística por ser un concepto *a posteriori* que define un entorno literario y tanto resta individualidad como tiende a una literatura de consumo (Benet y otros, 1970). La literatura, pues, debe estar atenta a una realidad no inmediata y exenta de preocupaciones sociales o colectivas (Benet, 1978, p. 14). El escritor no se define por sus ideas ni por su compromiso, sino por la ambigüedad de sus ideas y por lo que haya podido hacer avanzar la literatura misma (Roig, 1975, pp. 25-26). La cuestión del compromiso sartreano-marxista, es rechazada, pues, por nuestro ingeniero de la palabra con fuerza. Su conciencia de que el mundo no es fácil moverlo y de que una idea no cambia la faz de la tierra hacen que niegue cualquier posibilidad de cambio en esta dirección (Merino, 1983, p. 38). No ha lugar, pues, el compromiso social. El único compromiso posible se establece entre el autor y su obra, lo que afecta a terceros, y éste debe resultar lo más ligero posible con objeto de que se logre un trabajo definido con la vista puesta en un código no moral. De todos modos, Benet establece dos etapas distintas en el nivel moral, la que corresponde a la compulsión, que nace con la obra y lleva al principio de autonomía de la obra de arte; y la que corresponde al compromiso, que es anterior a la obra y coloca al autor ante una elección (1965, pp. 38-39). Así, se da entrada al problema de la libertad que Benet hace coincidir con los límites del estilo y sus consecuentes implicaciones internas. Benet no sólo rechaza el compromiso político llevado a la literatura y sus resultados literarios social-realistas, sino que la emprende en contra del materialismo histórico por ser la teoría que alimenta tan, para él, lamentable poética por sus resultados literarios. La crítica que realiza de los supuestos materialistas es minuciosa y contundente: no cree que la historia se mueva accionada por un solo motor, no cree que la sociedad sea consecuencia exclusiva de la lucha de clases ni cree que la conciencia haya de ser conocimiento y participación en ese conflicto. Benet piensa siempre en la literatura como cosa literaria, literatura que por tener un *status* propio posee su propia moral que no tiene por qué

coincidir con el deber moral impuesto por el momento histórico (Benet, 1970e, p. 75).

Comprendemos de esta manera por qué Gimferrer comienza emparentando a Benet con Sánchez Ferlosio, Martín Santos y Goytisolo para, acto seguido, terminar afirmando su soledad tanto en el interior de su generación como en el contexto de la literatura española (*ibidem*, p. 46). De esta manera, comprendemos también que otros críticos que se han ocupado de la cuestión más que generacional de su ubicación literaria, como, entre otros, José Ortega (*ibidem*) o Gonzalo Sobejano (1970) terminen por considerarlo un fenómeno independiente, uno de los mejores elogios que se le puede echar a quien siempre fue un solitario corredor de fondo de la literatura.

Ahora bien, lo que no queda tan claro es que esta ubicación sea la mejor para algunos críticos. Hago esta afirmación, porque en el polémico artículo con que Isaac Montero (1970, p. 66) responde a las intervenciones de Benet en una sonada mesa redonda, se descuelga con las siguientes afirmaciones al respecto, que no sólo arrastran al suelo a Benet sino que también se llevan al Carlos Barral del artículo que he citado, a Salvador Clotas, a Eduardo G. Rico, a Terenci Moix, a Eugenio Triás, a Gustavo Bueno, con los que los emparenta y a los que unifica por su elitismo, formalismo, antimaterialismo, irracionalismo y abierta oposición a la poética del realismo: «La importancia —afirma en esta larga cita— de las *boutades* de Juan Benet en consecuencia —y quizá esto no le guste a un titulado del más pudoroso individualismo— se asienta en lo que en ellos hay de expresión colectiva. En la misma corriente, y con métodos de navegación parejos, se sitúan trabajos como los de Carlos Barral y Salvador Clotas en el anterior número de *Cuadernos* dedicado a la literatura de postguerra; o la postrera actividad editorial del mismo Barral en el terreno de la literatura española viva; o la antología de 'novísimos' y otros chispeantes ensayos de José María Castellet; o las gacetillas pseudocríticas de un Eduardo G. Rico; o muchos de los ejercicios del onanismo narrativo de Terenci Moix; en otros terrenos cabe encontrar los equilibrios metafísico-funambulescos de Eugenio Triás, libros como el de Gustavo Bueno, las actividades del editor Tusquets así como las correspondientes siembras de frutos epígonos hecha aquí y allá por los todavía difusos adláteres de todos ellos». Está claro que la por entonces insultante ubicación literaria e intelectual de Benet efectuada por Montero, dejaría de resultar tal en muy poco tiempo, por cuanto esos nombres y otros más, incluso escritores sociales que andan cantando ya sus palinodias, representan un nuevo mundo literario y de pensamiento dialéctico emergente en la España situada en la bisagra de los años sesenta y setenta.

Pero, puesto que me he referido a las dificultades comprensivas que emanan de una profunda inteligencia creativa que no se agota en la anécdota,

fecundada por la experiencia científica del ingeniero Benet, inteligencia que cabalga por larguísima párrafos de compleja sintaxis y rico léxico, como decíamos, y que no ha querido ser nunca banal (Roig, 1975, p. 27), no podemos dejar de reconocer a Juan Benet sus esfuerzos reflexivos por hacer comprender, o mostrar/enseñar al menos, su concepción acerca del fenómeno literario y por dotar de medios comprensivos o deícticos al lector para que pueda estimar su obra con arreglo a un global proyecto creador. Por oscuro que parezca, en este sentido Benet es muy claro. De ahí que haya críticos que rechacen contundentemente las acusaciones de hermetismo que pesan sobre él —es el caso de Rodríguez Padrón (1979)— e incluso críticos que defiendan abiertamente la transparencia original del Benet ensayista, el que más nos interesa en esta ocasión, como es el caso de Rafael Conte (1991): «En cierta ocasión —afirma el conocido crítico—, ante esta carrera tan irresistible como en buena medida incomprensible para el gran público, y teniendo en cuenta la otra vertiente de la obra benetiana, la del ensayo —siempre sugerente, provocativo, original y transparente, aunque también discutible— me permití señalar una posible contradicción: es más fácil entender al Benet ensayista (...) que al novelista, que, pese a su dificultad, siempre suscita adhesión».

Pues bien, ahí quedan sus numerosos ensayos sobre literatura —no voy a referirme ahora al importante resto de su labor ensayística, donde, por cierto, también se dejan caer reflexiones sueltas en tono menor sobre lo literario—, muy especialmente *La inspiración y el estilo* (1966), «Ética, noética, poiética» (1970a), «Cordelia Khan» (1970a) y «La deuda de la novela hacia el poema religioso de la antigüedad» (1978), entre otros, y sus prólogos a su apreciado Faulkner (1970b) y a Sánchez Ferlosio (1970c), sus polémicos artículos-cartas abiertas (1970d, 1970e, 1974), y sus entrevistas y otros escritos sueltos que lo demuestran con generosa abundancia.

Estos ensayos y reflexiones se sustentan, como resulta obvio, en una concepción esencial de la literatura que viene a establecer finalmente determinadas normas de escritura/lectura más que a explicar «científicamente» los procesos de escritura/lectura desde una base disciplinar. Se trata, pues, de un tipo de actividad teórica que ha sido conceptualizado con el nombre de metatexto por W. D. Mignolo (1985, p. 12) y definido como aquel conjunto de enunciados en los que los practicantes de una disciplina la definen, trazan sus bordes externos e internos y sus rutas interiores. Aquí alcanza, pues, su sentido el entramado de reflexiones teórico literarias de Juan Benet, reflexiones de las que me he ocupado en «Verdad, ficción y estilo literarios en el pensamiento de Juan Benet», comunicación presentada al *VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica: Mundos de ficción* (Universidad de Murcia, en prensa).

Pues bien, efectuadas estas consideraciones de principio, vamos a pasar a echar una ojeada al panorama teórico-literario español en el que las reflexiones de Benet se insertan y cobran sentido. Para nuestro propósito, resulta de gran ayuda la caracterización general que de la teoría y crítica literarias españolas de la postguerra publicó Miguel Angel Garrido Gallardo (1982), caracterización que traslado literalmente añadiéndoles unos breves comentarios sobre Benet, quien establece cinco etapas en la configuración de la teoría literaria española de esos años haciéndolas coincidir con las cinco fases que del desarrollo político de este período establece Elías Díaz.

1) Etapa del predominio de la estilística que va desde 1940 hasta 1956, y en la que esta estilística, posiblemente gracias a su asepsia analítica —y cabría añadir por nuestra parte, a su inflexión teórica con respecto a las posiciones más netamente formales— puede estar en la calle en la inmediata posguerra sin posible competencia de las teorías con más incidencia en la crítica social, porque esta crítica es imposible y se intenta ejercer en la vida pública por otros cauces en la primera apertura del régimen (1951-1956). En este tiempo es cuando Benet publica *Max*, su obra de teatro de corte realista.

2) Etapa de florecimiento de la «crítica militante», que comprende desde 1956 a 1962 y que coincide con la búsqueda por parte del régimen de formas de gobierno «técnicas» que parecen no implicar problemas políticos. Estas posturas estarán vigentes todavía en el simposio sobre realismo de 1963, pero la inviabilidad de encauzar por este lado la crítica política se tornará evidente según avanza la etapa. Comienzan a apuntarse nuevos desarrollos literarios. La publicación por parte de Juan Benet de *Nunca llegarás a nada*, en 1961, es todo un síntoma al respecto.

3) Etapa de cultivo de los formalismos estructuralistas (1962-1969), que coincide con el triunfo en la vida pública de los intentos de crecimiento económico y asentamiento del régimen sobre bases de una cierta estabilidad jurídica. Ahora es cuando Juan Benet publica su primera y desapercibida edición de *La inspiración y el estilo*, en 1965, y cuando da a la luz la novela que le va a deparar el definitivo despegue y reconocimiento literarios, *Volverás a Región*, en 1968.

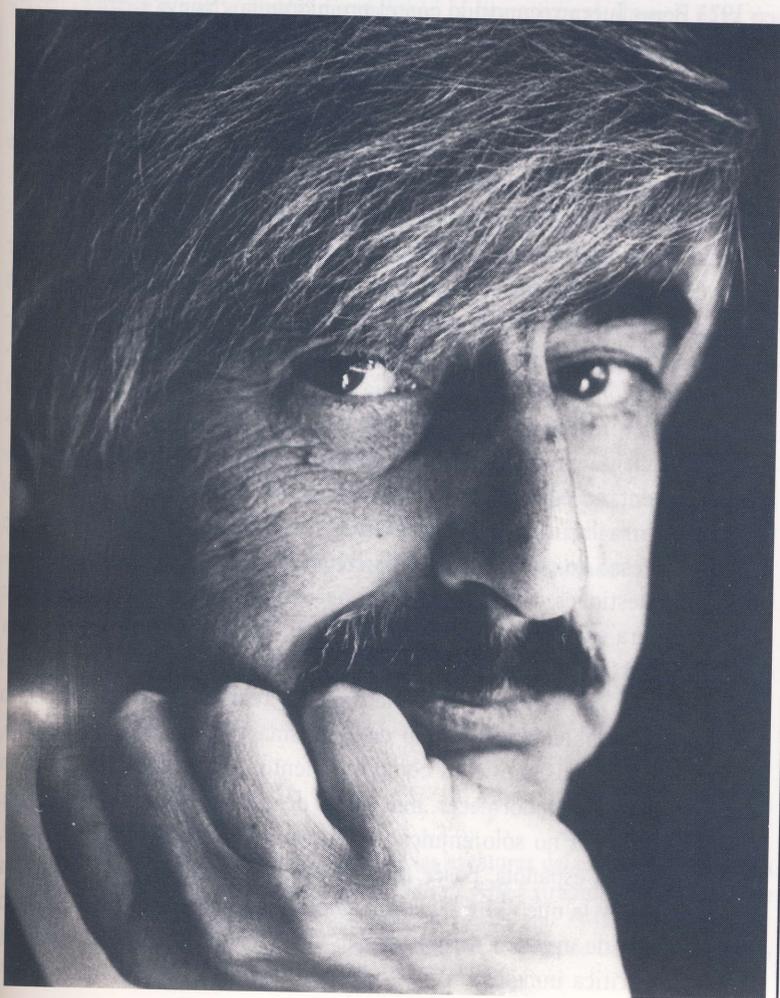
4) Etapa de la semiología y el crecimiento cuantitativo de los estudios de teoría literaria (1969-1975), posibilitado por el desarrollo económico más o menos consolidado; y del pluralismo ideológico de las claves teóricas, posible ahora por la tolerancia cambiante del poder en relación con la cultura. El Benet de estos años es el más activo desde el punto de vista del ensayismo y de las reflexiones literarias. Así, publicará importantes prólogos a Faulkner y Sánchez Ferlosio, polemizará sonoramente con los realistas, desacreditará a Galdós, publicará interesantes ensayos literarios en su libro *Puerta de tierra*, dará a la luz la segunda, ya sí leída, edición de *La*

inspiración y el estilo, intervendrá en el debate teórico y crítico con sus respuestas a la encuesta de Lázaro Carreter sobre literatura y educación, y escribirá un ensayo de ecos semiolingüísticos, *El ángel del señor abandona a Tobías*, que verá la luz en 1976. De todos modos, Benet rechaza la crítica contemporánea por su metodologismo y parasitarismo (1974, p. 205), algo en lo que voy a insistir a continuación.

5) Etapa de revisión de la crítica «tecnológica» (1975-1980), en que a pesar (o a partir) de desarrollos de las teorías del texto y la atención a la pragmática, está apareciendo una crisis de la conciencia tecnocrática de la crítica literaria, lo que hace que, sin abandonarse totalmente los instrumentos analíticos del estructuralismo y la semiología, se vuelva a poner de relieve la importancia que tiene la capacidad personal en la interpretación literaria, enlazándose así con los aspectos más positivos de las escuelas filológicas de principios de siglo. Es ahora, en 1978, cuando aparece su libro *Del pozo y del numa*, donde ensayo literario y creación se aúnan.

Los años siguientes de teoría y crítica literarias españolas, no considerados en esta clasificación, los correspondientes a la década de los ochenta, años en que Benet publica muchas de sus maduras obras narrativas, colecciones de artículos y ensayos de diversa temática, son años de desarrollo e institucionalización de la semiótica y sociosemiótica en España, son años de obligada revisión de posiciones, tiempo especialmente crítico tras el enorme y variado esfuerzo teórico desplegado, que supone a la vez, según se mire, tanto desarrollo como descrédito de la razón dieciochesca, al perseguirse una ciencia de la literatura de orientación totalizadora que relativiza las propuestas teóricas sólo contenidistas o sólo formalistas y al alcanzar nueva vida ciertas perspectivas irracionalistas que relativizan todo tipo de conocimiento. Ahora, las cuestiones relativas al estilo y a la estilística, corriente que ha huido, según Vázquez Medel (1987, p. 67), de toda vaguedad e impresionismo, quedan imbricadas en la semiótica como una parte de la misma, una especie de brazo práctico.

Como acabamos de ver, pues, la producción más importante de Benet en todos sus frentes viene a coincidir con las tercera y cuarta etapas establecidas previamente, etapas de renovación y superación de la precariedad teórica de la posguerra, tal como estudió brillantemente en su día Carmen Martínez Romero (1989), para quien esta neoformalista renovación teórica propició el debate sin demasiado rigor académico entre posiciones alternativas, debate al que Benet no fue ajeno. En dicho tiempo teórico y crítico, tiempo de divulgación y de desarrollo del estudio de la lengua literaria, al que también contribuyó a su modo el propio Benet; tiempo de negación de la problemática social-realista y sociologista y de búsqueda de nuevas perspectivas marxistas; tiempo de reacción contra las limitaciones de la



Juan Benet

vieja estilística, etc., se abre un ancho frente, en el que caben intelectuales comprometidos sociopolíticamente y de estirpe liberal, etc., que lucha por una apertura cultural y política y pone las bases de una infraestructura editorial que va a resultar decisiva para la renovación auspiciada (Martínez Romero, *ibídem*, p. 28 y ss). No es en este sentido mera coincidencia que la segunda y decisiva edición de *La inspiración y el estilo* se hiciera en la renovadora colección «Biblioteca Breve» de Seix Barral, ni que otras obras de Benet nutran los catálogos de editoriales como la misma Seix Barral, La Gaya Ciencia, Lumen y Alianza, entre otras, con lo que supusieron para la renovación cultural en España. No es casualidad tampoco que la palabra de Benet recorra las páginas de renovadoras revistas como *El Urogallo* o *Cuadernos para el Diálogo*, por citar a sólo dos de ellas; ni que en 1973 Benet fuera reconocido con el premio de la «Nueva Crítica» (Martínez Romero, *ibídem*, p. 131, n. 77).

Para ir terminando nuestra introducción a Juan Benet y su tiempo teórico, no puedo dejar de referirme a sus ideas sobre el discurso teórico y en particular crítico literario. Pues bien, quienes han leído a Benet saben de su aversión radical por la *crítica literaria* y por lo que él, con originalidad, llama la mentalidad crítica que afecta tanto a críticos como a escritores y lectores. No hay artículo, libro o entrevista en los que nuestro autor no se descuelgue, ya con una reflexión seria, ya con una lindeza o sutileza irónica acerca de ese discurso intermediario. Hay escritos suyos que resultan casi monográficos al respecto como, por ejemplo, el incluido en *Literatura y educación*, de 1974. Allí rechaza el papel que habitualmente cumple la crítica literaria en la enseñanza por impedir más que procurar una lectura ciertamente literaria. La crítica resulta, pues, un discurso autosuficiente sustentado en categorías inmodificables con la lectura, lo que no suele afectar a la ingenua mentalidad lectora. De ahí, explica Benet, que se llegue al caso de que la crítica más contemporánea se encuentre obsesionada por cuestiones metodológicas sin necesidad de nutrirse de las letras: «La verdadera aspiración —afirma (*ibídem*, p. 205)— de la crítica moderna no será por consiguiente explicar la literatura, sino sustituirla». A continuación, hace valoración de la crítica que ha recibido su obra, señalando que apenas ha obtenido beneficio de la misma y que, en cualquier caso, habla más de sí misma, de su comportamiento crítico, que de la obra en cuestión, llegando a adormecer, más que a despertar, la curiosidad lectora. Ahora bien, Benet no sólo enjuicia severamente la crítica académica que, en el caso de la española, posee tanta erudición como poca interpretación (1965, p. 177), y la que él ha recibido, sino que también se atreve a hacerlo con la crítica de urgencia en una de sus largas entrevistas (Merino, 1983), la llamada crítica inmediata o periodística, reprochándole sus juicios nor-

mativos, su falta de soltura y solidez, su ignorancia profesional o falta de criterios proveniente de la voracidad de estar al día y leer demasiado rápidamente demasiados libros baldíos. En este sentido, su artículo periodístico «Delitos verbales», de 1988, en el que sale en defensa de Sánchez Ferlosio ante los ataques de cierto crítico, son un claro ejemplo al respecto.

Finalmente, en su respuesta dada a la encuesta realizada por Lázaro Carreter sobre literatura y educación, Benet (1974, pp. 197-206) se despacha a gusto, con agudísima ironía, en su crítica de la reforma de la enseñanza en general y de la reforma de los planes de estudio de la literatura en particular, en su crítica del discurso intermediario, criticando la centralización política y administrativa y el olvido al que se está sometiendo a la literatura. Más adelante se refiere a que la enseñanza de la literatura debe limitarse a eso, a enseñar o mostrar la literatura al alumno para que actúe en consecuencia sin necesidad de dar explicaciones, siempre difíciles, de lo que pueda ser la función última de la obra literaria, pues tales entrometidas explicaciones no revelarán nunca el secreto último al que sólo se puede acceder mediante la lectura privada. Este sería el lugar de la literatura en la educación, sin necesidad de propiciar la intromisión crítica en el diálogo entre escritor y lector, por cuanto el alumno debe adquirir gusto y pasión por las bellas letras y no mentalidad crítica. A partir de aquí, la emprende contra la crítica en los términos conocidos como conocido es su rechazo de la universidad como institución conservadora de la cultura literaria clásica, institución que salvaguarda dicha cultura sin proyectarla a la vida (1965, p. 11).

Sirvan estas páginas de introducción a una insólita aventura: la que vivió el pensamiento de Benet en relación con su tiempo teórico y crítico literarios. Sirvan sobre todo de invitación a la lectura de una obra, literaria y ensayística, tan discutible en algunos aspectos como de gran originalidad e inteligencia, en absoluto gregaria, finalmente iluminadora.

Antonio Chicharro Chamorro

Bibliografía

- BARRAL, Carlos (1969), «Reflexiones acerca de las aventuras del estilo en la penúltima literatura española», *Cuadernos para el Diálogo*, XIV Extraordinario («30 años de Literatura: narrativa y poesía española», 1939-1969), pp. 39-42.
- BENET, Juan (1965), *La inspiración y el estilo*, Madrid, Revista de Occidente; Barcelona, Seix Barral, 1973.

- BENET, Juan (1970a), «Épica, noética, poiética» y «Cordelia Khan», *Puerta de Tierra*, Barcelona, Seix Barral, pp. 7-60 y 142-167.
- BENET, Juan (1970b), «Prólogo» a *Las palmeras salvajes*, de William Faulkner, Barcelona, Edhasa/Sudamericana, 1983, pp. 7-16.
- BENET, Juan (1970c), «Prólogo» a *Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio, Madrid, Salvat, pp. 11-15, col. «RTV».
- BENET, Juan (1970d), «Reflexiones sobre Galdós», *Cuadernos para el Diálogo*, XXIII Extraordinario, diciembre, pp. 13-15.
- BENET, Juan (1970e), «Respuesta al señor Montero», *Cuadernos para el Diálogo*, XXIII Extraordinario, diciembre, pp. 75-76.
- BENET, Juan y otros (1970), «A treinta años del siglo XXI: Mesa redonda sobre novela», *Cuadernos para el Diálogo*, XXIII Extraordinario, diciembre, pp. 45-52.
- BENET, Juan (1974), «Juan Benet», en *Literatura y educación* (encuesta realizada por Fernando Lázaro Carreter), Madrid, Castalia, pp. 197-206.
- BENET, Juan (1976), *El ángel del señor abandona a Tobías*, Barcelona, La Gaya Ciencia.
- BENET, Juan (1978), «Un ensayo: La deuda de la novela hacia el poema religioso de la antigüedad», *Del pozo y del numa*, Barcelona, La Gaya Ciencia, pp. 7-95.
- BENET, Juan (1988), «Delitos verbales», *El País*, 10, enero.
- CONTE, Rafael (1991), «El caballero de Sajonia», *ABC Literario*, 2, noviembre, p. III.
- GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (1982), «La moderna teoría literaria en España (1940-1980)», en *Estudios de semiótica literaria en España (Tendencias de la Crítica en la actualidad vistas desde España)*, Madrid, C. S. I. C., pp. 27-47.
- GIMFERRER, Pere (1979), «Notas sobre Juan Benet», en Vernon, Kathleen M. (ed) (1986), pp. 45-58.
- FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel (1983), «De una extraña e innombrable enfermedad del juicio», *El País/Libros*, núm. 211, 13, noviembre.
- HERZBERGER, David. K. (1975), «La aparición de Juan Benet: Una nueva alternativa para la novela española», en Vernon, Kathleen M (ed) (1986), pp. 24-44.
- MARTÍNEZ ROMERO, Carmen (1989), *El pensamiento teórico-literario español (1965-1975)*, Granada, Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, Universidad de Granada.
- MERINO, José Luis (1983), «Juan Benet» (Entrevista), *Los Cuadernos del Norte*, IV, 17, enero-febrero, pp. 34-41.
- MIGNOLO, Walter D. (1985), *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- MONTERO, Isaac (1970), «Acotaciones a una mesa redonda y defensa apresurada del realismo», *Cuadernos para el Diálogo*, núm. 23, diciembre, pp. 65-74.
- NOLENS, Ludovico (1981), «Adiós a Región» (Entrevista con Juan Benet), *Quimera*, núm. 3, enero, pp. 9-13.
- NÚÑEZ, Antonio (1969), «Encuentro con Juan Benet», *Ínsula*, núm. 269, p. 4.
- ORTEGA, José (1974), «Estudios sobre la obra de Juan Benet», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 284, pp. 229-258.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge (1979), «Apuntes para una teoría benetiana», *Ínsula*, núms. 396-397, noviembre-diciembre, p. 3 y 5.
- ROIG, Montserrat (1975), «El laberinto de Juan Benet», *Los hechiceros de la palabra*, Barcelona, Martínez Roca, pp. 19-27.
- SOBEJANO, Gonzalo (1970), *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española.
- VAZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (1987), *Historia y crítica de la reflexión estilística*, Sevilla, Alfar.
- VERNON, Kathleen M. (ed.) (1986), *Juan Benet*, Madrid, Taurus, col. «El escritor y la crítica».